

Jack Vance

La Murthe

1

Una fría mañana, a mediados del vigesimoprimer eón, Rialtho se sentó a desayunar en la cúpula oriental de su morada de Falu. Aquella mañana en particular el sol se alzó tras una cortina de helada bruma, para lanzar una débil y punzante luz a través de la Pradera Baja.

Por razones que Rhialto no pudo definir, no sentía el menor apetito, y apenas dedicó atención al plato de berros, caquis escalfados y salchichas que tenía delante, inclinándose más por una taza de té fuerte y una tostada. Luego, pese a la docena de tareas que le aguardaban en su sala de trabajo, se reclinó en su silla para contemplar con aire ausente al otro lado de la pradera, hacia el bosque Were.

En aquel talante abstraído, sus percepciones permanecían extrañamente sensitivas. Un insecto se posó sobre la hoja de un álamo cercano; Rhialto tomó cuidadosa nota del ángulo en que doblaba sus patas y la miríada de resplandores rojizos que refulgían en sus protuberantes ojos. Interesante y significativo, pensó.

Tras absorber toda la importancia del insecto, Rhialto extendió su atención al paisaje en general. Contempló la pendiente que formaba la ladera en su descenso hacia el Ts y la distribución de su hierba. Estudió los retorcidos troncos del linde del bosque, los rojizos rayos que penetraban sesgados por entre el follaje, el verde oscuro y el índigo de las sombras. Su visión era notable por su absoluta claridad; su oído no era menos agudo... Se inclinó hacia delante, tendiéndose para escuchar... ¿qué? ¿Suspiros o música inaudible?

Nada. Rhialto se relajó, sonriendo ante sus propias imaginaciones, y se sirvió una última taza de té... Dejó que se enfriara sin probarlo. Movidó por un impulso, se puso en pie y se dirigió al salón, donde tomó una capa, un sombrero de cazador y ese bastón conocido como «La Aflicción de Malfezar». Luego llamó a Ladanque, su chambelán y factótum para todo.

-Ladanque, voy a pasear un poco por el bosque. Cuida que el Tanque Cinco conserve su turbiedad. Si quieres, puedes destilar el contenido del alambique grande azul a una redoma estanca. Utiliza poco calor y evita respirar los vapores; provocarían un sarpullido en tu rostro.

-Muy bien, señor. ¿Y el fantaseador?

-No le prestes atención. No te acerques a la jaula. Recuerda, su charla sobre vírgenes y riqueza es ilusoria; dudo que sepa siquiera el significado de ambas cosas.

-Es posible, señor.

Rhialto partió de la casa. Echó a andar a través del prado siguiendo un sendero que lo llevó hasta el Ts, cruzó un puente de piedra y entró en el bosque.

El sendero, trazado por los animales nocturnos del bosque en su camino a través de la pradera, desapareció. Rhialto siguió adelante, al compás de los pasillos naturales formados por los árboles, cruzando pequeños claros donde la candole, la roja ulmaria y la blanca difne salpicaban la hierba con su color; cruzando la espesura de blancos

abedules y negros álamos; siguiendo cornisas de vieja piedra, atravesando pequeños arroyos y manantiales.

Si había otras criaturas en el bosque, ninguna hizo acto de presencia. Rhialto entró en un pequeño claro con un único abedul en el centro y se detuvo para escuchar... Sólo oyó silencio.

Transcurrió un minuto. Rhialto permanecía de pie, inmóvil.

Silencio. ¿Era absoluto?

La música, si eso había sido, se había desarrollado a todas luces en su cerebro.

Curioso, pensó Rhialto.

Llegó a otro lugar abierto, donde un único abedul se erguía frágil contra un fondo de densos deodars negros. Cuando ya iba a abandonarlo creyó oír de nuevo la música.

¿Música insonora? ¡Una inherente contradicción! Extraño, pensó Rhialto, sobre todo teniendo en cuenta que la música parecía brotar de fuera de él... Creyó oírla de nuevo: un aleteo de acordes abstractos que impartían una emoción a la vez dulce, melancólica y triunfante: definida y sin embargo incierta.

Rhialto miró en todas direcciones. La música, o lo que fuera, parecía proceder de una fuente cercana. La prudencia urgía que volviera sobre sus pasos y se apresurara a regresar a Falu, sin mirar ni una sola vez por encima del hombro... Siguió adelante, y llegó a un tranquilo estanque, oscuro y profundo, que reflejaba la otra orilla con la exactitud de un espejo. De pie, inmóvil, Rhialto vio reflejada la imagen de una mujer extrañamente pálida, con el pelo plateado sujeto por una redcilla negra. Llevaba una túnica blanca que le llegaba hasta las rodillas, con las piernas y los brazos desnudos.

Rhialto alzó la vista hacia la otra orilla. No descubrió ninguna mujer, ni hombre, ni criatura de ningún tipo. Volvió a bajar los ojos a la superficie del estanque, donde, como antes, vio reflejada a la mujer.

Rhialto estudió la imagen durante largo rato. La mujer era alta, con pequeños pechos y estrechas caderas; mostraba la frescura y la inocencia de una muchacha. Su rostro, sin embargo, pese a no carecer de delicadeza ni de proporciones clásicas, mostraba una rigidez de la que se hallaba ausente toda frivolidad. Rhialto, cuyos profundos conocimientos en materia de calliginia le habían hecho acreedor de su sobrenombre, la halló hermosa pero severa, y probablemente inabordable, en especial si se negaba a mostrarse excepto como un reflejo... Y quizá también por otras razones, pensó Rhialto, que había concebido una ligera idea respecto a su identidad.

-Señora -dijo Rhialto-, ¿me has atraído hasta aquí con tu música? Si es así, explícame cómo puedo ayudarte, aunque no prometo ningún tipo de compromiso definitivo.

La mujer se limitó a exhibir una fría sonrisa que no acabó de gustar a Rhialto, que hizo una rígida inclinación de cabeza.

-Si no tienes nada que decirme, no molestaré más tu intimidad. -Efectuó otra seca inclinación de cabeza, y entonces algo le empujó bruscamente hacia delante, haciéndole caer al estanque.

El agua era extremadamente fría. Rhialto chapoteó hasta la orilla y se izó a tierra. Fuera quien fuese o lo que fuese que le había empujado al agua, no se veía por parte alguna.

Gradualmente, la superficie del estanque recobró su inmovilidad. La imagen de la mujer ya no era visible. Rhialto regresó hoscamente a Falu, donde se dio un baño caliente y bebió té de verbena.

Durante un tiempo permaneció sentado en su sala de trabajo, estudiando diversos libros del decimotercer eón. La aventura en el bosque no le había sentado bien. Se notaba febril, y ruidos como de campanilleos no dejaban de sonar en sus oídos.

Al fin se preparó un tónico profiláctico, que aún le causó mayor incomodidad. Se fue a la cama, se tomó un somnífero, y finalmente se sumió en un intranquilo sueño.

La indisposición persistió durante tres días. Por la mañana del cuarto día Rhialto se comunicó con el mago Ildefonse en su mansión de Boumergarth, junto al río Scaum.

Ildefonse se mostró lo bastante preocupado como para volar a toda velocidad hasta Falu en el más pequeño de sus remolinos.

Rhialto le describió con todo detalle los acontecimientos que habían culminado en el inmóvil estanque en medio del bosque.

-Así que ya lo sabes todo. Me siento ansioso por conocer tu opinión.

Ildefonse miró hacia el bosque con el ceño fruncido. Aquel día utilizaba su apariencia normal: la de un caballero algo grueso, de mediana edad, con finas patillas rubias, cráneo calvo y un aspecto de jovial inocencia. Los dos magos estaban sentados bajo la plumantía púrpura a uno de los lados de Falu. En una mesita cercana, Ladanque había dispuesto un servicio de pastas variadas, tres clases distintas de té y una jarra de suave vino blanco.

-Extraordinario, ciertamente -dijo Ildefonse-. En especial si lo comparo con una reciente experiencia mía.

Rhialto miró de soslayo a Ildefonse.

-¿Te ocurrió algo parecido?

-La respuesta es a la vez «sí» y «no» -respondió Ildefonse con tono comedido.

-Interesante -murmuró Rhialto.

Ildefonse seleccionó con cuidado sus palabras:

-Antes de que te lo cuente, déjame preguntarte esto: ¿habías oído alguna vez antes esa, digamos, «sombra de música»?

-Nunca.

-¿Y su sustancia era...?

-Indescriptible. Ni trágica ni alegre; dulce, y sin embargo seca y amarga.

-¿Percibiste una melodía, o un tema, o siquiera una progresión, que pudiera proporcionarnos algún indicio?

-Sólo un atisbo. Si me permites un asomo de preciosismo, me llenó de una especie de anhelo hacia lo perdido e inalcanzable.

-¡Ajá! -dijo Ildefonse-. ¿Y la mujer? ¿Qué fue lo que te hizo identificarla como la Murthe?

Rhialto meditó unos instantes.

-Su palidez y su cabello plateado podrían ser los de un trasgo del bosque, con el disfraz de una antigua ninfa. Su belleza era real, pero no sentí ningún ansia de abrazarla. Sin embargo, me atrevería a decir que todo hubiera podido cambiar si hubiera tenido oportunidad de conocerla algo mejor.

-Hummm. Tus aires elegantes, sospecho, hubieran pesado muy poco con la Murthe... ¿Cuándo se te ocurrió su identidad?

-Llegué al convencimiento mientras regresaba empapado a casa, con el agua chorreando por dentro de mis botas. Me sentía de un humor más bien lúgubre; quizás el squalm estaba empezando a hacer su efecto. En cualquier caso, mujer y música acudieron juntos a mi mente, y a partir de ahí se desarrolló el nombre. Una vez llegué a casa leí inmediatamente a Calanctus y seguí sus consejos. Al parecer, el squalm era real. Hoy fui al fin capaz de llamarte.

-Hubieras debido llamar antes, aunque yo tuve problemas parecidos... ¿Qué es ese fastidioso ruido?

Rhialto miró hacia el camino.

-Alguien se acerca en un vehículo... Parece que es Zanzel Melancthones.

-¿Y qué es esa extraña cosa que va saltando tras él?

Rhialto tendió el cuello.

-No lo veo claro... Pronto saldremos de dudas.

Avanzando a toda velocidad por el camino, sobre cuatro altas ruedas, se les acercó un lujoso doble diván de quince almohadones color ocre dorado. Una criatura de apariencia humana atada a una cadena corría detrás en medio del polvo.

Ildefonse se puso en pie y alzó una mano.

-¡Hola, Zanzel! ¡Soy Ildefonse! ¿Adónde vas tan aprisa? ¿Qué es esa curiosa criatura que corre tan ligera detrás?

Zanzel hizo que su vehículo se detuviera.

-Ildefonse, y querido Rhialto: ¡me alegra veros a los dos! Había olvidado completamente que este camino pasa junto a Falu, y es para mí un placer recordarlo ahora.

-Nosotros podemos decir lo mismo -declaró Ildefonse-. ¿Y tu cautivo?

Zanzel miró por encima del hombro.

-Tenemos aquí a un insidiador: ésa es mi opinión razonada. Lo llevo conmigo para ejecutarlo en un lugar donde su fantasma no me traiga mala suerte. ¿Qué os parece ese prado de ahí? Está lo bastante lejos de mi casa.

-Y prácticamente encima de la mía -gruñó Rhialto-. Debes hallar un lugar conveniente para los dos.

-¿Y yo qué? -exclamó el cautivo-. ¿No tengo nada que decir al respecto?

-Bien, entonces conveniente para los tres.

-Un momento, antes de que prosigas con tus deberes -dijo Ildefonse-. Háblame un poco más de ese ser.

-Hay muy poco que decir. Lo descubrí por casualidad cuando cascó un huevo por el lado equivocado. Observarás que tiene seis dedos en los pies, una cabellera en forma de cresta, y que de sus hombros crecen penachos de plumas, todo lo cual sitúa su origen en el eón dieciocho o incluso el diecisiete. Su nombre, o eso dice él, es Lehuster.

-¡Interesante! -declaró Ildefonse-. En un cierto sentido, es un fósil viviente. Lehuster, ¿te das cuenta de tu distinción?

Zanzel no permitió que Lehuster respondiera.

-¡Buenos días a los dos! ¡Rhialto, pareces un tanto consumido! Deberías dosificarte un poco de leche caliente con cerveza y descansar: ésta es mi prescripción.

-Gracias -dijo Rhialto-. Vuelve a pasar cuando tengas un poco de tiempo, y mientras tanto recuerda que mi propiedad se extiende hasta aquellas colinas de ahí. Tienes que ejecutar a Lehuster mucho más allá de aquel punto.

-¡Un momento!, -exclamó Lehuster-. ¿No hay mentes razonables en el vigesimoprimer eón? ¿No tenéis interés en saber por qué he venido hasta esa deprimente época? ¡Ofrezco negociar mi vida a cambio de importante información!

-¡Por supuesto! -dijo Ildefonse-. ¿Qué tipo de información?

-Tan sólo presentaré mis revelaciones ante un cónclave de altos magos, donde las promesas son objeto de registro público y por lo tanto deben ser cumplidas.

Zanzel, cuya mayor virtud no era precisamente la calma, se volvió de su asiento con brusquedad.

-¿Qué? ¿Ahora pretendes empañar mi reputación?

Ildefonse alzó una mano.

-¡Zanzel, te suplico paciencia! ¿Quién sabe lo que tiene que decirnos ese bribón con seis dedos en cada pie? Lehuster, ¿de qué tipo son tus noticias?

-La Murthe está suelta entre vosotros, con sus squalms y ensqualmaciones. No diré más hasta que me sea garantizada mi seguridad.

-¡Bah! -bufó Zanzel-. No puedes confundirnos con esas tonterías. Caballeros, os deseo buenos días; debo proseguir con mis asuntos.

-¡Éste es un caso extraordinario! -objetó Ildefonse-. Zanzel, tus intenciones son buenas, pero no estás al corriente de ciertos hechos. Como Preceptor, debo ordenarte que traigas a Lehuster vivo y en buenas condiciones a un cónclave de urgencia a celebrar de inmediato en Boumergarth, donde exploraremos todas las fases de este asunto. Rhialto, confío que estés lo suficientemente recuperado como para participar también en él.

-¡Absolutamente y por todos los medios! El asunto es importante.

-Muy bien entonces: ¡todos a Boumergarth, y aprisa!

Lehuster aventuró una objeción:

-¿Debo ir corriendo todo el camino? Llegaré demasiado cansado para testificar.

-Para regularizar el asunto, yo asumiré la custodia de Lehuster -dijo Ildefonse-. Zanzel, ten la bondad de soltar la cadena.

-¡Locura y estupidez! -gruñó Zanzel-. ¡Este bribón debe ser ejecutado antes de que nos confunda a todos!

Rhialto, algo sorprendido por la vehemencia de Zanzel, dijo con decisión:

-¡Ildefonse está en lo cierto! Tenemos que averiguar todo lo que podamos.

El cónclave en Boumergarth, reunido para oír las revelaciones de Lehuster, atrajo sólo a quince de los miembros de la asociación, que por entonces reunía aproximadamente a treinta y cinco. Disponibles estaban Ildefonse, Rhialto, Zanzel, el diabolista Shrue, Hurtiancz, Byzant el Necropo, Teutch, que dirigía las intrincaciones de un infinito personal, Mune el Mago, el frío y astuto Perdustin, Tchamast, que afirmaba conocer la fuente de todas las piedras IOUN, Barbanikos, Bruma del Mar Wheary, Ao de los ópalos, Panderleou, cuya colección de artefactos del ultramundo era envidiada por todos, y Gilgad.

Sin ceremonia, Ildefonse llamó a orden al cónclave.

-Me siento decepcionado de que no haya acudido todo el pleno, puesto que debemos tomar en consideración un asunto de extraordinaria importancia.

»Dejadme describir primero la reciente experiencia de nuestro colega Rhialto. En pocas palabras, fue atraído al bosque Were por el encantamiento de una canción imaginaria. Tras vagar durante un rato, encontró a una mujer que lo empujó a un estanque de agua extremadamente fría... ¡Caballeros, por favor! ¡No veo que ésta sea ocasión para frivolidades! Es un asunto muy importante, y las desgracias de Rhialto no deben ser tomadas a la ligera. De hecho, y por diversas razones, nuestras especulaciones nos llevan a la Murthe. -Ildefonse paseó su mirada por todos los rostros-. Sí, me habéis oído correctamente.

Cuando murió el murmullo de los comentarios, Ildefonse prosiguió con sus observaciones.

-En unas circunstancias aparentemente sin relación alguna, Zanzel conoció recientemente a un tal Lehuster, un ciudadano del decimoctavo eón. Lehuster, al que podéis ver ahí, señala que tiene importantes noticias que transmitirnos, y de nuevo menciona a la Murthe. Ha aceptado amablemente compartir su información con nosotros, y ahora pido a Lehuster que avance e informe de esos hechos de los que es conocedor. ¡Lehuster, por favor!

Lehuster no se movió.

-Debo retener mi testimonio hasta que se me garantice la vida, un trato que no debe causar dolor, puesto que no he cometido ningún crimen.

-¡Olvidas que yo mismo fui testigo de tu conducta! -exclamó furioso Zanzel.

-Un mero solecismo. Ildefonse, ¿no prometiste mantener mi vida en seguridad?

-¡Tienes mi palabra! ¡Habla!

Zanzel saltó en pie.

-¡Esto es ridículo! ¿Debemos dar la bienvenida a cualquier bribón del tiempo, para que se sacie con nuestras cosas buenas al tiempo que pervierte nuestras costumbres?

-¡Apoyo el punto de vista progresista de Zanzel! -dijo el fornido e irascible Hurtiancz-. ¡Es posible que Lehuster no sea más que el primero de una horda de pensadores desviados, imbéciles e incorrectos infiltrados en nuestra plácida región!

-Si las noticias de Lehuster son realmente valiosas, debemos concederle, aunque sea con relucencia, lo debido -dijo Ildefonse en tono apaciguador-. ¡Lehuster, habla! Pasaremos por alto las imperfecciones de tu conducta al mismo tiempo que tus ofensivas plumas. En lo que a mí respecta, me siento ansioso por oír tus noticias.

Lehuster avanzó hasta el podio.

-Debo situar mis observaciones en su perspectiva histórica. Mi tiempo personal es la ya desaparecida primera época del decimooctavo eón, una época muy anterior al Gran Motholam, cuando los Maestros Magos y las Grandes Brujas rivalizaban entre sí en poder: un caso similar a la onceava época del decimoséptimo eón, cuando los magos y las brujas luchaban por superarse los unos a las otras, y que finalmente precipitó la Guerra de Magos y Brujas.

»Las brujas ganaron esa gran guerra. Muchos de los magos se convirtieron en archivoltes; muchos otros fueron destruidos; y las brujas, capitaneadas por la bruja blanca Llorio, los dominaron a todos.

»Durante una época vivieron en gloria. Llorio se convirtió en la Murthe y tomó residencia en un templo. Allá, como un ídolo viviente, que comprendía tanto la esencia de una mujer orgánica como la fuerza femenina abstracta, fue alegremente adorada por todas las mujeres de la raza humana.

»Tres magos sobrevivieron a la guerra: Teus Treviolus, Schhman Shabat y Phunurus el Orfo. Se unieron formando una cábala y, tras diversas hazañas de valentía, habilidad y astucia que parecen casi increíbles, se apoderaron de la Murthe, la comprimieron hasta reducirla al tamaño de un punto y la arrojaron del templo. Las mujeres quedaron abatidas; su poder menguó, mientras el de los magos revivía. Durante eras vivieron en un incierto compromiso; ¡y aquellos fueron tiempos audaces!

»Finalmente, la Murthe consiguió la libertad y reunió a sus brujas. Pero Calanctus el Tranquilo, a cuyas órdenes serví, aceptó el desafío. Venció a las brujas y las echó hacia el norte, más allá del Gran Erm, donde aún hoy unas cuantas siguen escondiéndose en las grietas temerosas de que cualquier sonido pueda ser el ruido de los pasos de Calanctus.

»En cuanto a la Murthe, Calanctus luchó noblemente con ella y le concedió el exilio a tina lejana estrella, donde la encerró, tras encargarme a mí el mantenerla bajo vigilancia.

»Pero sus órdenes llegaron demasiado tarde; ella no llegó ni a Naos ni a Sadal Suud. Yo nunca abandoné su búsqueda, y recientemente descubrí un rastro de tiempo luzi[i] que conducía al vigesimoprimer eón..., de hecho, su final se sitúa ahora.

»En consecuencia, estoy convencido de que la Murthe existe hoy, y así, debe ser considerada como un peligro inmediato; de hecho, ya ha empezado a ensqualmar a varios de los componentes de este grupo.

»En cuanto a mí, Lehuster el Benefer, estoy aquí con una sola finalidad: reunir a los magos en una cábala fiel para que puedan frenar el resurgimiento de la fuerza femenina y mantener así la placidez. ¡La urgencia es grande!

Lehuster se dirigió a un lado y se quedó allí de pie con los brazos cruzados: una postura que hizo que las plumas rojas que crecían en sus hombros se proyectaran como charreteras.

Ildefonse carraspeó.

-Lehuster nos ha hecho un relato minucioso. Zanzel, ¿estás de acuerdo en que Lehuster se ha ganado lealmente su vida y libertad, siempre y cuando acepte enmendar sus costumbres?

-¡Bah! -murmuró Zanzel-. No ha hablado más que de cosas que todos hemos oído y de viejos escándalos. No me dejes engañar tan fácilmente.

Ildefonse frunció el ceño y se tironeó la amarillenta barba. Se volvió a Lehuster.

-Ya has oído el comentario de Zanzel. ¿Puedes sustentar tus palabras?

-La ensqualmación las probará, como veréis, pero por entonces será demasiado tarde.

Vermoulian el Caminante de Sueños eligió aquel momento para dirigirse al grupo. Se puso en pie y habló con transparente sinceridad.

-Cuando realizo mi trabajo, camino por entre sueños de muchas clases. Recientemente, de hecho hace tan sólo dos noches, tropecé con un sueño del tipo que llamamos «indócil» o «inoptativo», en el cual el caminante ejerce poco control, e incluso puede enfrentarse al peligro. Sorprendentemente, la Murthe era uno de los elementos de ese sueño, y esto puede resultar relevante en la actual discusión.

Hurtiancz saltó en pie e hizo un gesto de irritación.

-Vinimos aquí con grandes inconvenientes para sentenciar y ejecutar a este archivolte Lehuster; no queremos vagabundear por uno de tus interminables sueños.

-iHurtiancz, silencio! -restalló Vermoulian con malhumorado vigor-. Yo tengo ahora la palabra, y regalaré a todos con mi informe, incluyendo tantos particulares como considere necesarios.

-iExijo que sea el Preceptor quien decida eso! -exclamó Hurtiancz.

-Vermoulian -dijo Ildefonse-, si tu sueño tiene realmente que ver con lo que estamos tratando, prosigue, pero por favor, cíñete al asunto.

-iEso ni hay que decirlo! -señaló dignamente Vermoulian-. En beneficio de la brevedad, afirmaré sólo que en mi intento de caminar por ese sueño, identificado como AXR-11 GG7, Volumen Siete del índice, entré por azar en un sueño hasta entonces incalificado de la serie inoptativa. Me hallé en un paisaje de gran encanto, donde encontré a un grupo de hombres, todos ellos de modales cultos, artísticos y exquisitamente refinados. Algunos llevaban suaves barbas sedosas color avellana, mientras que otros tenían el pelo peinado en delicados rizos, y todos eran de lo más cordiales.

»Aludiré solamente a los puntos más sobresalientes de lo que me dijeron. Todas las posesiones son compartidas, y se desconoce la avaricia. A fin de que el tiempo pueda adecuarse al enriquecimiento de la personalidad, el trabajo es mantenido al mínimo, y compartido por todos por igual. "Paz" es el lema; nadie golpea a nadie, ni se alza ninguna voz en estridente ira, ni tampoco para criticar. ¿Armas? La idea misma es causa se estremecimientos y angustia.

»Uno de los hombres se hizo amigo mío, y me contó muchas cosas. "Comemos nueces nutritivas y semillas y jugosos frutos maduros; bebemos tan sólo la más pura y natural de las aguas de manantial. Por la noche nos sentamos en torno al fuego al aire libre y cantamos alegres baladas. En ocasiones especiales hacemos un ponche llamado opo; de pura fruta, miel natural y sésamo dulce, y todo el mundo puede beber un gran sorbo de él."

»"Sin embargo, también conocemos momentos de melancolía. ¡Mira! Allí se sienta el joven noble Pulmer, que salta y danza con maravillosa gracia. Ayer intentó saltar el arroyo pero se quedó corto y cayó al agua; todos nos precipitamos a consolarle, y pronto estuvo feliz de nuevo."

»Yo pregunté: "¿Y las mujeres, dónde están?"

»"Ah, las mujeres; soñamos en ellas por su dulzura, su fuerza, su sabiduría y su paciencia, tanto como por la delicadeza de sus juicios. A veces se unen a nosotros ante el fuego y entonces bailamos y jugamos con ellas. Las mujeres siempre se aseguran de que nadie haga demasiado el estúpido, y la decencia nunca es excedida."

»"¡Una vida interesante! ¿Y cómo procreáis?"

»"¡Jo, jo, jo! Hemos descubierto que si nos mostramos muy agradables, a veces las mujeres nos conceden ciertas indulgencias... ¡Oh! ¡Bien! ¡Sonríe! ¡Aquí está la Gran Dama en persona!"

»Cruzando el prado se acercaba Llorio la Murthe: una mujer pura y fuerte; y todos los hombres saltaron en pie y agitaron sus manos y sonrieron, saludándola. Ella se dirigió a mí: "Vermoulian, ¿has venido a ayudarnos? ¡Espléndido! ¡Nuestros esfuerzos necesitan habilidades como las tuyas! ¡Bienvenido a nuestro grupo!"

»En trance por su majestuosa gracia, avancé unos pasos para abrazarla, con amistad y alegría, pero mientras extendía mis brazos ella arrojó una burbuja a mi rostro. Antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta desperté, ansioso y desorientado.

-Yo puedo resolver tu desorientación -dijo Lehuster-. Fuiste ensqualmado.

-¿Durante un sueño? -preguntó Vermoulian-. No puedo dar crédito a una tontería semejante.

-Lehuster -indicó Ildefonse con voz turbada-, ten la bondad de instruirnos sobre los signos por los que puede ser reconocida la ensqualmación.

-Con mucho gusto. En los estadios finales, la evidencia es obvia: la víctima se convierte en mujer. Un primer manierismo es la costumbre de sacar rápidamente la lengua de la boca y volver a meterla con igual rapidez. ¿Habéis notado esa señal en alguno de vuestros camaradas?

-Sólo en Zanzel, pero es uno de nuestros asociados de más reputación. La idea es impensable.

-Cuando nos enfrentamos con la Murthe, lo impensable se convierte en normal, y la reputación de Zanzel no tiene más peso que las cagadas de ratón del año pasado..., en realidad menos.

Zanzel dio un puñetazo contra la mesa.

-¡Esta alegación es inaceptable! ¿Acaso no pueda humedecerme los labios sin incurrir en una tormenta de recriminaciones?

Ildefonse, con aire serio, se dirigió de nuevo a Lehuster:

-Hay que admitir que las quejas de Zanzel tienen su peso. O debes formular una acusación inequívoca, presentando documentos y pruebas, o contener tu lengua

Lehuster hizo una cortés inclinación de cabeza.

-Haré una afirmación clara. En esencia, la Murthe debe ser vencida si no queremos asistir al triunfo final de la raza femenina. ¡Debemos formar una cábala fuerte y desafiante! La Murthe no es invencible; han transcurrido sólo tres eones desde que fue derrotada por Calanctus, y el pasado se halla bloqueado para ella.

-Si tu análisis es correcto -dijo Ildefonse con voz recia-, entonces debemos empezar inmediatamente asegurar el futuro contra esta terrible pesadilla.

-¡Es más urgente el presente! ¡La Murthe se halla ya en pleno trabajo!

-¡Tonterías, flagrantes y locas! -exclamó Zanzel- ¿Acaso Lehuster ha perdido la conciencia?

-Admito mi desconcierto-dijo Ildefonse-. ¿Por qué debería seleccionar la Murthe este tiempo y lugar para sus operaciones?

-Aquí y ahora la oposición es casi inexistente -señaló Lehuster-. Miro en torno mío, en esta misma habitación; veo quince focas dormitando sobre una roca. Pedantes como Tchamast; místicos como Ao; bufones como Hurtiancz y Zanzel. Vermoulian explora sueños no registrados con cuaderno de notas, medidores y frascos para especímenes. Teutch arregla los detalles de su infinito particular. Rhialto ejerce sus prodigios sólo en persecución de doncellas púberes. Sin embargo, para ensqualmar a este grupo, la Murthe crea una útil compañía de brujas, y por ello debe ser contrarrestada.

-Lehuster -preguntó Ildéfonse-, ¿cuál es tu idea de «una afirmación clara» en respuesta a mi pregunta? ¿Primero rumores, luego especulaciones, y finalmente escándalo y prejuicio?

-En aras de la claridad, quizá haya ido un poco demasiado lejos -admitió Lehuster-. Y también, con toda franqueza, he olvidado tu pregunta.

-Se te pidió que proporcionararas pruebas respecto a una cierta ensqualmación.

Lehuster miró los rostros que tenía enfrente, uno a uno. Por todas partes, las lenguas salían y entraban de las bocas con celérea rapidez.

-Bueno -dijo Lehuster-, me temo que voy a tener que aguardar a otro momento para dar forma definitiva a mi afirmación.

La estancia estalló en una confusión de cegadoras luces y aullantes sonidos. Cuando se restableció la calma, Lehuster había desaparecido.

3

La negra noche había descendido tanto sobre la Alta como sobre la Baja Pradera. En la sala de trabajo de Falu, Ildéfonse aceptó el medio vasito de aquavit de Rhialto y se sentó en un sillón de bandas de cuero entrelazadas.

Por un tiempo los dos magos se inspeccionaron prudentemente el uno al otro; luego Ildéfonse dejó escapar un profundo suspiro.

-Un triste caso cuando dos viejos camaradas deben sondearse mutuamente antes de sentirse tranquilos.

-Lo primero es lo primero -dijo Rhialto- Tenderé una red en torno a la habitación para que nadie pueda saber lo que hacemos... Ya está. ¡Bien! Yo he evitado el squalm; ahora sólo queda por probar que tú eres completamente un hombre.

-¡No tan aprisa! -dijo Ildéfonse-. Ambos debemos pasar la prueba; de otro modo la credibilidad caminará sobre una sola pierna.

Rhialto se encogió hoscamente de hombros.

-Como deseas, aunque la prueba carece de dignidad.

-No importa; debe hacerse.

Se realizaron las pruebas; los dos hombres quedaron mutuamente tranquilizados. Ildéfonse dijo:

-A decir verdad, me sentí un poco preocupado cuando vi el Calanctus: Su dogma y máximas sobre tu mesa.

-Cuando me encontré a Llorio en el bosque -dijo Rhialto en tono confidencial-, ella intentó con gran ansia atraerme con su belleza. La galantería me impide entrar en

detalles. Pero la reconocí inmediatamente, y ni siquiera la vanidad de un Rhialto podía dar crédito a su papel de pequeña amante lánguida, y sólo empujándome al estanque y distrayendo mi atención era capaz de aplicar su squalm. Regresé a Falu y seguí toda la terapia tal como la prescribe Calanctus, y el squalm fue roto.

Ildefonse alzó su vaso y bebió el contenido de un trago.

-A mí también se me apareció, aunque a un nivel más elevado. La encontré en un sueño, paseando por una amplia llanura delimitada por un entretejido de perspectivas distorsionadas y abstractas. Se detuvo a una distancia aparente de cincuenta metros, resplandeciente en su pálida belleza plateada, dispuesta evidentemente en mi beneficio. Parecía de muy alta estatura, y me dominaba con ella como si yo fuese un niño. Un truco psicológico, por supuesto, que me hizo sonreír.

»Con voz fuerte, dije: "Llorio la Murthe, puedo verte fácilmente; no necesitas flotar tan alto."

»Ella respondió con gentileza: "Ildefonse, no necesitas preocuparte por mi estatura; mis palabras siguen teniendo la misma importancia, dichas desde arriba como desde abajo."

»"Todo esto está muy bien, pero, ¿por qué incurrir en el riesgo del vértigo? Tus proporciones naturales son mucho más agradables al ojo. Ahora puedo ver cada poro de tu piel. De todos modos, no importa; me deja indiferente. ¿Por qué vagabundeas por mi sueño?"

»"Ildefonse: de todos los hombres vivos, tú eres el más sabio. Ahora ya es tarde, ipero aún no demasiado tarde! ¡La raza femenina todavía puede remodelar el universo! Primero practicaré una salida a Sadal Suud; renovaremos entre las Diecisiete Lunas el destino humano. Tu amable fuerza, tu virtud y tu grandeza son enormes virtudes para el papel que debes jugar ahora."

»El aroma de aquellas palabras no era de mi agrado. Dije: "Llorio, eres una mujer de excepcional belleza, aunque parece que te falta ese calor provocativo que atrae a los hombres hacia las mujeres y añade dimensión al carácter."

»La Murthe respondió secamente: "La cualidad que describes es una especie de innoble obsequiosidad que, por fortuna; es hoy obsoleta. En cuanto a la 'excepcional belleza', es una cualidad apoteósica generada por la música que brota del alma femenina, que tú, en tu bastedad, percibes solamente como un conjunto de agradables contornos."

»Respondí con mi habitual brío: "Basto o no, me siento contento con lo que veo, y en cuanto a salidas a lugares lejanos, vayamos primero al dormitorio de Boumergarth, que está mucho más a mano, y probemos allí nuestros mutuos ardores. Anda, ven, disminuye tu estatura para que pueda tomar tu mano; estás a una altura muy poco conveniente y la cama puede derrumbarse bajo tu peso..., de hecho, bajo las actuales condiciones, nuestro acoplamiento difícilmente sería apreciado por ninguno de los dos."

»Llorio dijo, burlona; "Ildefonse, eres un viejo sátiro repugnante, y veo que me equivoqué en mi evaluación de tu valía. De todos modos, debes servir a nuestra causa con todas tus fuerzas."

»Se retiró majestuosamente hacia los excéntricos ángulos de la perspectiva, y a cada paso parecía empequeñecerse un poco, quizá a causa de la distancia o porque realmente disminuyera de estatura. Caminaba pensativa, de una forma que casi podría calificarse de invitadora. Sucumbí al impulso y fui tras ella..., primero a un paso digno, luego más y más rápido, hasta que terminé galopando sobre inquietas piernas y al fin

me dejé caer exhausto al suelo. Llorio se volvió y dijo; "¡Observa cómo la bastedad de tu carácter te ha ocasionado una estúpida indignidad!"

»Hizo aletear su mano para arrojarme un squalm, que me golpeó en la frente. "Te autorizo ahora a regresar a tu casa", dijo, y con eso desapareció.

»Desperté en el diván de mi sala de trabajo. Al instante acudí a mi Calanctus y apliqué de forma completa las medidas profilácticas que recomienda.

-¡De lo más sorprendente! -dijo Rhialto- Me pregunto cómo luchó Calanctus contra ella.

-De mismo modo que debemos hacerlo nosotros, formando una cábala fuerte e incansable.

-Exacto, pero, ¿dónde y cómo? Zanzel ha sido ensqualmado, y seguro que no es el único.

-Saca tu visor remoto; sepamos lo peor. Puede que algunos aún puedan ser salvados.

Rhialto trajo un viejo taburete, encerado tantas veces que casi parecía negro.

-¿A quién quieres ver primero?

-Probemos con el fiel aunque misterioso Gilgad. Es un hombre sensato al que no resulta fácil engañar.

-Puede que nos sintamos decepcionados -dijo Rhialto- Cuando lo vi por última vez, una serpiente nerviosa hubiera envidiado los diestros movimientos de su lengua. -Tocó una de las indentaciones que adornaban el borde del taburete y entonó un conjuro, que evocó la miniatura de Gilgad en una reconstrucción de su actual entorno.

Gilgad estaba de pie en la cocina de su casa de Thrume, reprendiendo al cocinero. En vez de su habitual traje rojo ciruela, el nuevo Gilgad llevaba unos pantalones amplios de color rosa, atados a la cintura y a los tobillos con coquetas cintas negras. La blusa negra de Gilgad exhibía, preciosamente bordados, una docena de pájaros rojos y verdes. Gilgad usaba también un nuevo y elaborado peinado, con abundantes rizos sobre cada oreja, un par de pinzas para el pelo de rubies para mantenerlos en su lugar, y una preciosa pluma blanca rematándolo todo.

-Gilgad ha sido rápido en aceptar los dictados de la alta moda -dijo Rhialto a Ildefonse.

Ildefonse alzó la mano.

-¡Escucha!

Desde la imagen les llegó la aguda voz de Gilgad, ahora elevada en tonos furiosos;

-...porquería y suciedad por todas partes; puede que eso sirviera durante mi anterior condición semihumana, pero ahora muchas cosas se han visto alteradas y veo el mundo, incluida esta sórdida cocina, bajo una nueva luz. ¡En consecuencia, exijo plena escrupulosidad! Todos los rincones y superficies deben ser rascados a fondo; ¡tiene que prevalecer una limpieza perfecta! Mi metamorfosis parecerá peculiar a algunos de vosotros, y supongo que haréis vuestros pequeños chistes. ¡Pero tengo buenos oídos y también algunos chistes propios! ¿Necesito mencionar a Kuniy, que ahora salta de un lado para otro haciendo su trabajo sobre pequeñas patitas blandas, arrastrando tras él una cola de ratón y chillando a la sola vista de un gato?

Rhialto tocó otra indentación para eliminar la imagen de Gilgad.

-Es triste. Gilgad siempre fue un tanto dandy y, si recuerdas, su temperamento era a veces variable, incluso pendenciero. Está visto que la ensqualmación no ennoblece precisamente a sus víctimas. Oh, bueno, así son las cosas. ¿Quién ahora?

-Investiguemos a Eshmiel, cuya lealtad seguro que sigue siendo inquebrantable.

Rhialto tocó una indentación, y sobre el taburete apareció Eshmiel, en el vestidor de su casa en Sil Soum. El aspecto de Eshmiel había sido siempre notable por su claro y absoluto contraste, con el lado derecho de su cuerpo blanco y el izquierdo negro; sus ropas habían seguido un esquema similar, aunque su corte era a menudo extravagante e incluso frívoloii[ii].

Con la ensqualmación, Eshmiel no había prescindido su gusto hacia el contraste, pero ahora parecía estar vacilando entre temas como el azul y el púrpura, el amarillo y el naranja, el rosa y el ámbar: éstos eran los colores que adornaban los maniqués alineados por toda la habitación. Mientras Rhialto e Ildefonse observaban, Eshmiel caminó de un lado para otro, inspeccionando primero uno, luego otro, sin encontrar al parecer nada adecuado a sus necesidades, lo cual le ocasionaba una clara irritación.

Ildefonse suspiró con fuerza.

-Evidentemente no podemos contar tampoco con Eshmiel. Chirriemos los dientes e investiguemos los casos primero de Hurtiancz y luego de Dulce-Lolo.

Mago tras mago aparecieron sobre el taburete, y al final no quedó ninguna duda respecto a que la ensqualmación los había infectado a todos.

-¡Ninguno del grupo parecía sentirse afligido por ello! -exclamó lúgubrementemente Rhialto-. ¡Todos han engullido el squalm como si fuera un caramelo! ¿Podemos llegar a actuar alguna vez del mismo modo?

Ildefonse retrocedió unos pasos y tironeó de su rubia barba.

-Eso hace que se me hiele la sangre.

-Así pues, estamos solos -dijo Rhialto-. Somos nosotros quienes debemos tomar las decisiones.

-La cosa no es tan sencilla como eso -murmuró Ildefonse tras profunda reflexión-. Hemos sido atacados: ¿debemos responder? Y si es así: ¿cómo? O incluso: ¿por qué? El mundo se está muriendo.

-¡Pero yo todavía no! ¡Soy Rhialto, y ese trato me ofende!

Ildefonse asintió, pensativo.

-Ése es un punto importante. ¡Yo, con la misma vehemencia, soy Ildefonse!

-¡Más aún: tú eres Ildefonse el Preceptor! Y ahora debes utilizar tus legítimos poderes.

Ildefonse inspeccionó a Rhialto con unos ojos azules blandamente entrecerrados.

-¡De acuerdo! ¡Te nombro para llesves a la práctica mis edictos!

Rhialto ignoró la ironía.

-Estoy pensando en las piedras IOUN.

Ildefonse se envaró en su silla.

-¿Qué quieres decir exactamente?

-Debes decretar la confiscación de todas las piedras IOUN de las brujas ensqualmadas, por razones de seguridad. Luego elaboraremos una estasis temporal y enviaremos sandestins a recoger las piedras.

-Todo eso está muy bien, pero nuestros camaradas ocultan a menudo sus tesoros con ingenioso cuidado.

-Debo confesarte una de mis pequeñas inclinaciones..., una especie de juego intelectual, me atrevería a decir. A lo largo de los años, he ido estableciendo los lugares donde están ocultas todas las piedras IOUN de la asociación. Tú, por ejemplo, tienes las tuyas en el depósito de agua de los lavabos situados en la parte de atrás de tu sala de trabajo.

-Eso, Rhialto, es un cuerpo de conocimiento completamente innoble. De todos modos, en las actuales circunstancias, no podemos andarnos con fruslerías. En consecuencia, confisco todas las piedras IOUN que puedan tener en custodia nuestros embrujados antiguos camaradas. Ahora, si quieres impactar el continuum con un conjuro, yo llamaré a mis sandestins Osherl, Ssisk y Walfing.

-Mis criaturas Topo y Bellume se hallan también disponibles.

La confiscación se llevó a cabo con una facilidad casi excesiva. Ildefonse declaró:

-Hemos administrado un golpe importante. Nuestra posición es ahora clara: inuestro desafío es osado y directo!

Rhialto estudió las piedras con el ceño fruncido.

-Hemos dado un golpe, sí; hemos lanzado un desafío: ¿y ahora qué?

Ildefonse hinchó los carrillos.

-La actuación más prudente es ocultarse hasta que la Murthe se haya ido.

Rhialto lanzó un decepcionado gruñido.

-No tardaría en encontrarnos y hacernos salir chillando de nuestros agujeros, perdida toda nuestra dignidad. Estoy seguro de que ésta no es la forma de Calanctus.

-Entonces descubramos cuál es la forma de Calanctus -dijo Ildefonse-. Trae el Absolutos de Poggiore; dedica todo un capítulo a la Murthe. Coge también Las Decretales de Calanctus y, si lo tienes, el Calanctus: Sus medios y modos.

4

Aún no había amanecido. El cielo sobre el mar de Wilda tenía una tonalidad aciruelada, aguamarina y rosa oscuro. Rhialto cerró de un golpe las tapas de hierro de Las Decretales.

-No he hallado nada que pueda ayudarnos. Calanctus describe el persistente genio femenino, pero no explica sus remedios.

Ildefonse, que examinaba Las doctrinas de Calanctus, dijo:

-Aquí he encontrado un pasaje interesante. Calanctus relaciona a la mujer con el océano Ciaéico, que absorbe toda la fuerza de la corriente Antipodal cuando bordea el cabo Spang, pero sólo cuando hace buen tiempo. Si sopla aunque sólo sea una pizca de viento, este océano aparentemente plácido lanza un brusco oleaje de tres o incluso cuatro metros de altura sobre el cabo, anegando todo lo que halla por delante. Cuando

se restablece la estasis y la presión resulta aliviada, el Ciaéico vuelve a ser como antes, aceptando plácidamente la corriente. ¿No estás de acuerdo con esta interpretación del espíritu femenino?

-No del todo -dijo Rhialto-. A veces Calanctus se apoya demasiado en la hipérbole. Esto puede ser considerado como un caso típico, especialmente teniendo en cuenta que no contempla ningún programa para frenar o siquiera desviar el violento fluir del Ciaéico.

-Parece sugerir que no hay que luchar para controlar esa erupción, sino más bien cabalgar en la cresta de sus olas con un bote estanco.

Rhialto se encogió de hombros.

-Quizá sí. Como siempre, los oscuros simbolismos me alteran. La analogía no nos ayuda en nada.

Ildefonse meditó.

-Sugiere que, en vez de enfrentarnos con la Murthe poder a poder, nos deslicemos a través y más allá del flujo de su energía hasta el lugar donde ésta termina agotándose y allí, como una firme embarcación, flotemos seguros y secos.

-De nuevo una imagen hermosa pero limitada. La Murthe despliega una energía proteica.

Ildefonse se tironeó la barba y miró pensativo al espacio.

-De hecho, uno empieza a preguntarse inevitablemente si este fervor, astucia y durabilidad la gobiernan también a ella, o, por decirlo así, no tienden a influenciar su conducta en, digamos, el reino de...

-Entiendo el trasfondo de tu especulación -dijo Rhialto- Más bien es nuncupatorio.

Ildefonse agitó pensativo la cabeza.

-A veces los pensamientos de uno van por donde ellos quieren.

Un insecto dorado atravesó las sombras, empezó a trazar círculos en torno a la luz y volvió a sumergirse en la oscuridad. Rhialto se puso instantáneamente alerta.

-Alguien ha entrado en Falu, y aguarda ahora en el salón. -Se dirigió a la puerta y llamó secamente-: ¿Quién hay ahí? Habla, o baila la tarantela sobre pies de fuego.

-¡Contén tu conjuro! -exclamó una voz-. ¡Soy yo, Lehuster!

-En ese caso, avanza hasta aquí.

Lehuster entró en la sala de trabajo, sucio y cojeante, con las plumas de sus hombros revueltas y en un estado de evidente fatiga. Cargaba con un saco, que dejó caer agradecido sobre el sillón de bandas de cuero entrelazadas al lado de la ventana.

Ildefonse lo observó con el ceño desfavorablemente fruncido.

-Bien, Lehuster, por fin estás aquí. Hubiéramos podido utilizar tu consejo al menos una docena de veces durante la noche, pero no se te podía hallar por ninguna parte. ¿Qué tienes que informar?

Rhialto tendió a Lehuster una copa de aquavit.

-Esto aliviará tu fatiga; bebe, y luego habla libremente.

Lehuster tragó el líquido de un sorbo.

-¡Ajá! ¡Un licor de rara calidad!... Bien, tengo poco que contaros, aunque he pasado una de las noches más ajetreadas de mi vida, realizando una serie de tareas necesarias. Todos están ensqualmados, excepto vosotros. La Murthe, sin embargo, cree controlar a toda la asociación.

-¿Qué? -exclamó Rhialto— ¿Tan a la ligera nos toma?

-Eso no importa. -Lehuster tendió la copa vacía-, ¡Por favor! Un ave siempre vuela errática con una sola ala... Además, la Murthe se ha apropiado de todas las piedras IOUN para su uso personal...

-¡Oh, no es así! -dijo Ildefonse con una risita- Nosotros fuimos más astutos y las tomamos primero,

-No habéis tomado más que un montón de pedazos de cristal. La Murthe tomó las auténticas piedras, incluidas las que tenáis tú y Rhialto, y dejó imitaciones sin valor en su lugar.

Rhialto corrió hacia la cesta donde descansaban las presuntas piedras IOUN. Lanzó un gruñido.

-¡Esa maldita bruja nos ha robado a sangre fría!

Lehuster hizo un gesto hacia el saco que había dejado sobre el sillón.

-Pero en esta ocasión nosotros la hemos ganado. ¡Aquí están las piedras! Me apoderé de ellas mientras la Murthe se bañaba. Sugiero que enviéis a un sandestin para que las reemplace por las piedras falsas. Si os apresuráis, aún hay tiempo; en estos momentos todavía está en su toilette. Mientras tanto, ocultad las auténticas piedras en algún hueco extradimensional para que no puedan quitáros las de nuevo.

Rhialto llamó a su sandestin Bellume y le dio las instrucciones necesarias.

Ildefonse se volvió a Lehuster.

-¿Por qué medios se enfrentó Calanctus a esta terrible y nefasta mujer?

-El misterio rodea aún las circunstancias -dijo Lehuster-. Al parecer, Calanctus utilizó una fuerza personal intensa, y así mantuvo a raya a Llorio.

-Hummm. Tenemos que saber algo más sobre Calanctus. Las crónicas no mencionan nada de su muerte; ¡es posible que aún exista, quizás en la región de Cutz!

-Esa cuestión también preocupa a la Murthe -dijo Lehuster-. Puede que con ella consigamos confundirla e inducir a que se retire.

-¿Cómo?

-No hay tiempo que perder. Tú y Rhialto debéis crear una forma ideal con las características de Calanctus, y aquí al menos puedo seros de alguna ayuda. La creación no necesita ser permanente, pero tiene que ser lo suficientemente vital como para que Llorio se persuada de que se enfrenta de nuevo a Calanctus.

Ildefonse tironeó pensativo de su barba.

-Ésa es una tarea importante.

-¡Con escaso tiempo para su ejecución! Recordad: ¡consiguiendo las piedras IOUN, os habéis enfrentado a la Murthe con un desafío que ella no puede ignorar!

Rhialto saltó en pie.

-¡Apresurémonos, pues! ¡Hagamos lo que sugiere Lehuster! Queda poco tiempo.

-Hummm -gruñó Ildéfonse-. No temo a esa vieja bruja descarriada. ¿No hay otra forma más sencilla?

-¡Sí! ¡Huir a una lejana dimensión!

-¡Tendrías que conocerme mejor que eso! -declaró Ildéfonse-. ¡Manos a la obra! ¡Enviaremos a esa bruja brincando y chillando con las faldas bien arremangadas mientras salta por encima de las zarzas!

-Ése tiene que ser nuestro eslógan -declaró Lehuster-. ¡A trabajar!

El simulacro de Calanctus tomó forma en el banco de trabajo: primero un armazón de hilo de plata y tántalo montado sobre un eje espinal articulado, luego un brumoso revestimiento de conceptos experimentales, luego el cráneo y el sensorio, dentro del que fueron insertadas todas las obras de Calanctus, más un centenar de otros tratados, incluidos catálogos, compendios, pantologías y síntesis universales, hasta que Lehuster aconsejó detenerse.

-¡Conoce ya veinte veces más que el primer Calanctus! Me pregunto si será capaz de organizar una masa tal de conocimientos.

Los músculos fueron tensados y la piel aplicada, junto con una densa mata de corto pelo oscuro cubriendo el cráneo y parte de la frente. Lehuster trabajó larga y laboriosamente en los rasgos, ajustando la prominencia de la mandíbula, la longitud de la corta y recta nariz, la amplitud de la frente, la forma y curva exactas de los pómulos y las cejas.

Fijaron las orejas y ajustaron los canales auditivos, Lehuster dijo con voz átona:

-Eres Calanctus, primer héroe del decimoctavo eón,

Los ojos se abrieron y miraron pensativos a Lehuster,

-Soy tu amigo -dijo Lehuster-. ¡Calanctus, levántate! Ve a sentarte en esa otra silla.

El sosías de Calanctus se alzó de la mesa donde estaba tendido con apenas un ligero esfuerzo, apoyó sus fuertes piernas en el suelo y fue a sentarse en la silla indicada. Lehuster se volvió a Rhialto e Ildéfonse.

-Será mejor que paséis unos momentos al salón. Debo instilar en su mente recuerdos y asociaciones; tiene que vibrar con vida interna.

-¿ Toda una vida de recuerdos en tan poco tiempo? -preguntó Ildéfonse-. ¡Imposible!

-¡En absoluto, en compresión temporal! También le enseñaré música y poesía; tiene que mostrarse tan apasionado como vivo. Mi instrumento es este trozo de pétalo de flor seco; su perfume crea magia.

Algo reluctantes, Ildéfonse y Rhialto pasaron al salón, donde contemplaron la mañana alcanzar la Baja Pradera. Lehuster los llamó a la sala de trabajo.

-Aquí, sentado, tenéis a Calanctus. Su mente bulle con conocimiento; quizá sus ideas sean más amplias que las de aquél cuyo nombre lleva. Calanctus, éste es Rhialto, y éste Ildéfonse; son tus amigos.

Calanctus miró primero al uno, luego al otro, con blandos ojos azules.

-Me alegra oír esto. Por lo que he aprendido, el mundo necesita desesperadamente de la amistad.

En un aparte, Lehuster les dijo:

-Es Calanctus, pero con una diferencia, o incluso un cierto fallo. Le he dado un cuarto de mi sangre, pero quizá no sea suficiente... Ya veremos.

-¿Y su poder? -preguntó Ildfonse-. ¿Puede hacer cumplir sus órdenes?

Lehuster miró al neo-Calanctus.

-He cargado su sensorio con piedras IOUN. Puesto que nunca ha conocido el daño, es blando y gentil pese a su fuerza innata.

-¿Qué sabe de la Murthe?

-Todo lo que necesita saber. No muestra ninguna emoción al respecto.

Rhialto e Ildfonse contemplaron con escepticismo su creación.

-Por el momento Calanctus sigue pareciendo algo abstracto, sin excesiva volición -dijo Rhialto-. ¿No podemos proporcionarle una identificación más visceral con el auténtico Calanctus?

Lehuster dudó.

-Sí. Calanctus llevaba siempre un escarabajo en la muñeca. Vistámoslo, y luego le proporcionaré el escarabajo.

Diez minutos más tarde Rhialto e Ildfonse entraban en el salón con Calanctus, que ahora llevaba casco negro, peto de pulido metal negro, capa negra, pantalones negros y botas negras, con hebillas de plata.

Lehuster asintió.

-Es tal como debe ser. ¡Calanctus, extiende el brazo! Te proporcionaré un escarabajo llevado por el primer Calanctus, cuya identidad debes asumir. Este brazalete es tuyo. Llévalo siempre en torno a tu muñeca derecha.

-Siento la oleada de la fuerza -dijo Calanctus-, ¡Soy fuerte! ¡Soy Calanctus!

-¿Eres lo bastante fuerte como para aceptar el arte de la magia? Un hombre normal debe estudiar cuarenta años sólo para llegar a ser un aprendiz.

-Poseo la fuerza necesaria para aceptar la magia,

-¡Adelante entonces! Debes ingerir la Enciclopedia, luego los Tres Libros de Phandaal, y si entonces no te vuelves loco o resultas muerto afirmaré que eres un hombre con una fuerza más allá de toda mi experiencia. ¡Adelante! Volvamos a la sala de trabajo.

Ildfonse se quedó en el salón... Transcurrieron los minutos. Oyó un extraño grito estrangulado, reprimido casi de inmediato.

Calanctus regresó al salón con paso firme. Rhialto, tras él, caminaba sobre vacilantes rodillas, y su rostro mostraba una palidez verdosa.

Calanctus dijo lúgubrememente a Ildfonse:

-He aceptado la magia. Mi mente rebosa conjuros; son salvajes, pero puedo dominar sus erráticos impulsos. El escarabajo me proporciona la fuerza necesaria.

-Se acerca el momento -dijo Lehuster-. Las brujas se reúnen en el prado: Zanzel, Ao de los ópalos, Barbanikos, y otros. Se muestran temerosos y agitados... De hecho, Zanzel viene hacia aquí.

Rhialto miró a Ildfonse.

-¿Debemos aprovechar la oportunidad?

-¡Seríamos unos estúpidos si no lo hiciéramos!

-Eso es exactamente lo que pienso. Si quieres ir a la glorieta lateral...

Rhialto se dirigió a la terraza delantera, donde salió al encuentro de Zanzel, que presentó una enérgica protesta acerca de las piedras IOUN desaparecidas.

-¡Completamente de acuerdo! -dijo Rhialto- Fue un acto infame, realizado por orden de Ildefonse. Ven a la glorieta lateral y yo arreglaré las cosas.

Zanzel le acompañó hacia el lado de la edificación, donde Ildefonse lo desensibilizó con el conjuro de la Soledad Interior. Ladanque, el chambelán de Rhialto, alzó a Zanzel y lo depositó en una carretilla, y lo condujo hasta el cobertizo del jardinero.

Rhialto, envalentonado por el éxito, volvió a la terraza, e hizo una seña a Barbanikos, que, tras seguir a Rhialto a la glorieta lateral, conoció una suerte similar.

Lo mismo les ocurrió a Ao de los ópalos, Dulce-Lolo, Hurtiancz y otros, hasta que las únicas brujas que quedaron en el prado fueron Vermoulian el Caminante de Sueños y Tchamast el Didactor, que ignoraron las señas de Rhialto.

Llorio la Murthe se dejó caer sobre el prado en un torbellino de blanca espuma nubosa... Llevaba una túnica blanca hasta la rodilla, sandalias plateadas, un cinturón de plata y una redecilla negra sujetando su pelo. Hizo una pregunta a Vermoulian, que señaló hacia Rhialto, en la parte delantera de Falu.

Llorio se le acercó lentamente. Ildefonse salió de la glorieta y lanzó con valentía un doble conjuro de Soledad Interna contra ella; rebotó y, golpeando a Ildefonse, lo envió despatarrado contra el suelo.

Llorio la Murthe se detuvo.

-¡Rhialto! ¡Has maltratado mi cenáculo! Has robado mis piedras mágicas, de modo que ahora deberás venir a Sadal Suud no como una bruja, sino como un sirviente de clase inferior, y ése será tu castigo. Ildefonse no merecerá nada mejor.

Calanctus salió de Falu. Se detuvo. La recia mandíbula de Llorio se estremeció; abrió la boca.

-¿Cómo estás aquí?-dijo con voz jadeante-. ¿Cómo eludiste el triángulo? ¿Cómo...? -La voz pareció estrangularse en su garganta; consternada, miró al rostro de Calanctus. Finalmente consiguió hablar de nuevo:- ¿Por qué me miras de este modo? No he sido infiel; ¡parto ahora hacia Sadal Suud! ¡Aquí sólo hago lo que hay que hacer, y tú eres el infiel!

-Yo también hice lo que había que hacer, y ahora debo hacerlo de nuevo, porque has ensqualmado a unos hombres para que se convirtieran en tus brujas; de este modo has quebrantado la Gran Ley, que ordena que un hombre debe ser un hombre y una mujer debe ser una mujer.

-Cuando la Necesidad se enfrenta a la Ley, entonces la Ley debe ceder: ¡eso es lo que tú dices en tus Decretales!

-No importa. ¡Ve como debes a Sadal Suud! Ve ahora, ve sola, sin ninguna de tus ensqualmaciones.

-No me importa -dijo Llorio-; sois una pandilla miserable, como magos igual que como brujas, y con toda sinceridad sólo los deseaba para que me hicieran compañía.

-¡Entonces ve, Murthe!

En vez de ello, Llorio miró a Calanctus con una expresión peculiar, mezcla de desconcierto e insatisfacción, en el rostro. No hizo ningún movimiento para marcharse, lo cual podía ser interpretado como una burla y una provocación.

-Los eones no te han tratado con benevolencia; ¡pareces un hombre hecho de masa de pan! ¿Recuerdas cómo me amenazaste si volvíamos a encontrarnos de nuevo? -Avanzó otro paso y mostró una fría sonrisa-. ¿Temes mi fuerza? ¡Así debe ser! ¿Dónde están ahora tus alardes y predicciones eróticos?

-Soy hombre de paz. En mi alma llevo concordia, no ataque y subyugación. Amenazo a la nada; prometo la esperanza.

Llorio se acercó otro paso y le miró directamente al rostro.

-¡Ah! -exclamó suavemente-. No eres más que una fachada vacía, ¡y no eres Calanctus! Así pues, ¿estás dispuesto a probar la dulzura de la muerte?

-Soy Calanctus.

Llorio pronunció un conjuro de Retorcimiento y Torsión, Pero Calanctus lo hendió y lo echó a un lado con un gesto, y apeló a su vez a un conjuro de Compresión desde Siete Direcciones, que atrapó desprevenida a la Murthe y la hizo caer de rodillas. Calanctus se inclinó compasivo para ayudarla a levantarse; ella ardió con una llama azul, y Calanctus la rodeó por la cintura con unos brazos carbonizados.

Llorio lo empujó hacia atrás, rechazándolo, con el rostro contorsionado.

-¡No eres Calanctus; tienes leche donde deberías tener sangre!

Mientras hablaba, el escarabajo del brazalete rozó su rostro; gritó, y de su garganta brotó un gran conjuro..., una explosión de poder demasiado fuerte para los tejidos de su cuerpo, de modo que la sangre surgió en un gran chorro de su boca y nariz. Retrocedió para apoyarse contra el árbol, mientras Calanctus se doblaba lentamente sobre sí mismo hasta quedar tendido en el suelo, con el cuerpo roto y retorcido.

Llorio se irguió jadeando de emoción y contempló la derrumbada forma. De sus fosas nasales brotó un lento filamento de humo negro, que giró y se enroscó sobre el cadáver.

Moviéndose como un hombre en trance, Lehuster avanzó lentamente hasta el interior del humo. El aire se agitó con un retumbar de sonido; un sofocante resplandor amarillo llameó como un rayo; en lugar de Lehuster había ahora un hombre de cuerpo masivo, con la piel brillando con una luz interior. Llevaba pantalones cortos negros y sandalias, con las piernas y el pecho desnudo su pelo era negro, su rostro cuadrado, con una nariz recia y una mandíbula prominente. Se inclinó sobre el cadáver, tomó el escarabajo y lo colocó en su muñeca. El nuevo Calanctus se dirigió a Llorio:

-¡Mis esperanzas han fracasado! Vine a esta época como Lehuster, para dejar dormir los viejos dolores y las viejas iras; ahora todo ha desaparecido, y las cosas vuelven a ser como antes. ¡Yo soy yo, y de nuevo nos hallamos frente a frente!

Llorio, inmóvil, con el pecho agitado, guardó silencio, Calanctus prosiguió:

-¿Qué hay de tus otros conjuros, para aplastar y romper, o para seducir los sueños de los hombres y ablandar su resolución? ¡Pruébalos conmigo, puesto que yo no soy el pobre y blando Calanctus que llevaba las esperanzas de todos nosotros y que ha sufrido un destino tan duro!

-¿Esperanzas? -exclamó Llorio-. ¿Cuando el mundo está acabando y yo he sido vencida? ¿Qué queda? Nada. Ni esperanza ni honor ni angustia ni dolor. ¡Todo ha desaparecido! Las cenizas flotan en el desierto. Todo se ha perdido o ha sido olvidado;

los mejores y más queridos ya no están. ¿Quiénes son esas criaturas que se yerguen aquí tan estúpidamente? ¿Ildefonse? ¿Rhialto? ¡Fantasmas insípidos que van de un lado para otro con la boca abierta en forma de O! ¡Esperanza! No queda nada. Todo ha desaparecido, todo se ha cumplido; incluso la muerte se halla en el pasado.

Así exclamó Llorio, con la pasión de la desesperación, la sangre chorreando aún por su nariz. Calanctus permaneció inmóvil, aguardando hasta que la pasión se consumió por sí misma.

-Me iré a Sadal Suud. He fracasado; estoy acorralada, rodeada por enemigos de mi propia raza.

Calanctus adelantó una mano y rozó su rostro.

-¡Llámame enemigo si quieres! Pese a todo, amo tus queridos rasgos; atesoro tus virtudes y tus peculiares defectos; y sólo los cambiaría para que se inclinaran hacia la dulzura.

Llorio retrocedió un paso.

-No concedo nada; no cambiaré nada.

-Oh, bueno; sólo era un pensamiento ocioso. ¿Qué es esa sangre?

-Mi cerebro sangra; utilicé todo mi poder para destruir a este pobre cadáver fútil. Yo también me muero; noto el sabor de la muerte. ¡Calanctus, al fin has conseguido tu victoria!

-Como siempre, exageras. No he conseguido ninguna victoria; no te estás muriendo ni necesitas ir a Sadal Suud que es un humeante pantano infestado de búhos, mosquitos y roedores: completamente inadecuado para alguien como tú. ¿Quién te lavaría la ropa?

-¿No vas a permitirme ni la muerte ni el refugio de un nuevo mundo? ¿No es esto derrota sobre derrota?

-Sólo palabras. Vamos; toma mi mano, y firmaremos una tregua.

-¡Nunca! -exclamó Llorio- ¡Esto simbolizaría la conquista definitiva, a la cual no pienso doblegarme nunca!

-Reemplazaré gustoso el símbolo por la realidad. Entonces verás si soy o no capaz de cumplir con mis alardes.

-¡Nunca! No someteré mi persona al placer de ningún hombre.

-¿Entonces no vendrás al menos conmigo para beber unos vasos de vino en la terraza de mi castillo aéreo y contemplar el panorama, y hablar un poco de lo que pase por nuestras mentes?

-¡Nunca!

-¡Un momento! -exclamó Ildefonse-. ¡Antes de que os vayáis, tened la bondad de desenqualmar a ese cenáculo de brujas y evitarnos así el esfuerzo a nosotros!

-Bah, eso no es una tarea difícil -dijo Calanctus-, Evoca el Retrotrópico Segundo, seguido por un estabilizador: cosa de minutos.

-Exacto -dijo Ildefonse-. Ése era esencialmente mi plan.

Rhialto se volvió a Ladanque.

-Trae a las brujas. Alinéalas en el prado.

-¿Y el cadáver?

Rhialto pronunció un conjuro de disolución; el cuerpo se convirtió en polvo.

Llorio dudó, mirando primero al norte, luego al sur, como indecisa; después, volviéndose, caminó pensativa cruzando el prado. Calanctus la siguió; ambos se detuvieron, mirándose fijamente, frente a frente. Primero habló Llorio, luego Calanctus, luego Llorio; ambos miraron a la vez hacia el este, y al momento siguiente habían desaparecido.

i[i] Tiempo-luz: concepto intraducible e incluso incomprensible. En este contexto, el término implica un rastro a través del continuo crónico, perceptible mediante un aparato sensor adecuado.

ii[ii] Los asociados más conscientes de Eshmiel han especulado a menudo que Eshmiel utilizaba este medio para simbolizar las Grandes Polaridades que permean el universo, al tiempo que afirmaba la infinita variedad derivada de la simplicidad aparente. Esas personas consideraban el mensaje de Eshmiel profundo pero optimista, aunque el Propio Eshmiel se negó siempre a emitir un análisis